

FINAL APÓCRIFO

En el trágico fin de Don Quijote
hay algo que no encaja.
Tengo razones muy serias
para pensar que Cervantes lo ha amañado todo.
Que algún encantamiento le emponzoñó la tinta.
Que algún duende siniestro
cambió su pluma por la daga alevosa.
Que alguna poderosa fuerza sobrenatural
le conminó a escribir
lo que todos hemos leído,
no una, sino cien veces,
sin poderlo creer.
Porque es falso. ¡Falso!, ¡falso!
El de la Triste Figura
no renegó jamás de la Caballería andante.
No renunció, como se ha dicho, a la amistad de Amadís.
No cambió el bálsamo de Fier Abrás
por la unción de enfermos.
Ni dejó las églogas por la oración postrera.
Que fueron los duendes,
las brujas
y los maleficios
los verdaderos autores del enredo.
Porque no hubiese lugar
una nueva Cruzada por los oprimidos,
una nueva Tabla Redonda,
una nueva Custodia del Santo Grial.
Por eso el ardid de aquel desenlace.
Por eso la muerte de aquel héroe.
Muerte definitiva,

metafísica,
que se nos ha hecho creer a pies juntillas.
Por eso la falsa abjuración en el lecho mortuario.
Pero no.
A mí no me engaña ningún Cervantes
con sus tretas,
con sus crímenes perfectos.
porque yo sé que hay algo que no encaja.
Yo siempre he sabido
que aquel pasaje tenía trazas de amaño,
de puñalada por la espalda,
de felonía de la A a la Z.

Roberto Lumbreras.

© Roberto Lumbreras Blanco, 2001.

